

17

**¿Qué tiene que decir la
Universidad de Inspiración
Cristiana a la Sociedad emergente?**

Dr. Jesús Vergara Aceves

CENTRO DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA

2a. Edición

diciembre 1992

500 ejemplares

Derechos Reservados

@ Copyright

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Prolongación Paseo de la Reforma N° 880

Col. Lomas de Santa Fe

01210, Álvaro Obregón, D. F.

Oficina de Ediciones: Diseño y producción

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Introducción.....	3
Aportación valoral cristiana a los desafíos del mundo actual.....	5
1. Introducción: la misión de la universidad.....	5
2. En el centro del encuentro de la universidad humanista y de la sociedad emergente esta el hombre, el hombre de cuerpo entero	5
3. Los desafíos de la racionalidad moderna	6
4. Tres desafíos concretos	6
5. Los sistemas ante la crisis	7
6. Aportación cristiana	8
6.1 Novedad del pregón cristiano	8
6.2 En el fondo de la persona.	8
6.3 Inserción cristiana en el mundo de la economía	9
6.4 Inserción cristiana en el mundo de la democracia	10
6.5 Inserción cristiana en el mundo de la cultura	11
7. Conclusiones	11
La universidad ante el servicio de la fe y la promoción de la justicia que la misma fe exige	13
1. La universidad ante el servicio de la fe y la promoción de la justicia que la misma fe exige, antes de 1989.....	14
1.1 Las realidades de entonces.	14
1.2 Reflexiones sobre las realidades de entonces.....	15
2. La universidad ante el servicio de la fe y la promoción de la justicia que la misma fe exige, después de 1989.....	18
2.1 Una lección ignaciana.	18
2.2 Novedad del cambio	19

INTRODUCCIÓN

Por su naturaleza misma la Universidad asume como fin no sólo desarrollar y difundir disciplinas particulares del conocimiento -las propias de una profesión o campo del saber- sino una visión global e integradora del saber, de la cultura superior objetiva.

Los conocimientos particulares y los logros de las ciencias positivas tienen una importancia enorme. Sin embargo, su valor y sentido decisivo les viene dado por algo que está más allá de su ámbito. Así lo expresa A. Einstein: “El método científico no nos enseña más que cómo se relacionan los hechos unos con otros y cómo están condicionados unos por otros. La aspiración a ese conocimiento objetivo figura entre las más altas de que el hombre es capaz, y ciertamente, no soy sospechoso de querer aminorar los logros y los heroicos esfuerzos del hombre en esta esfera. Pero está igualmente claro que el conocimiento de lo que es no nos lleva directamente a lo que debiera ser. Se puede tener el más claro y completo conocimiento de lo que es y, sin embargo, no llegar a deducir de ello cuál debiera ser la meta de nuestras aspiraciones humanas. El conocimiento objetivo nos dota de poderosos instrumentos para el logro de ciertos fines, pero la meta última y el ansia de alcanzarla han de proceder de otra fuente. Y casi no es necesario argüir que nuestra existencia y nuestra actividad adquieren sentido únicamente en cuanto se proponen tal meta y los valores correspondientes. El conocimiento de la verdad como tal verdad es maravilloso, pero es tan poco capaz de obrar como guía que ni siquiera puede probar la justificación y el valor de la aspiración hacia ese mismo conocimiento de la verdad”.¹

El sentido y valor decisivo de los conocimientos debe encontrarse por el planteo de otra pregunta: aquella que no sólo inquiriere por la explicación de los fenómenos que están ahí, sino que pone en cuestión el ser mismo de la realidad y, en primer lugar el ser del hombre: ¿Por qué es el hombre? ¿Por qué es la realidad que lo circunda? ¿Cuál es el sentido y valor de que sea?

La pregunta por el hombre, sin embargo, nos introduce a un campo en el que la fantasía y la especulación viciosa pueden no dejar lugar al conocimiento objetivo y productivo. El Humanismo puede enfrascarse en bellas afirmaciones generales, que no dicen en verdad nada, porque no fundamentan la elección de medios efectivos para la realización de sus ideales.

Por otra parte el término “Humanismo” se suele aplicar a concepciones tan diversas y aún contradictorias que cuando se quiere decir algo sobre él se impone explicitar qué es lo que se está queriendo decir. Como dice M. Kundera, “si no queremos caer en la vaguedad en la que todo el mundo cree comprenderlo todo, sin comprender nada”², tenemos que definir con precisión nuestras palabras cruciales.

Las dos conferencias del Dr. Jesús Vergara Acéves que presentamos en este Cuaderno exponen algunas caracterizaciones de la tarea a la que se avoca una Universidad Humanista la Inspiración Cristiana. Esta debe analizar, evaluar y pronunciarse respecto de aquellos problemas específicos que la sociedad que hoy emerge plantea a quienes quieren promover ese tipo de Humanismos. A este propósito conviene recordar la vigorosa frase de Juan Pablo II: “Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, no fielmente vivida”³.

¹ A. Einstein, *De mi vida y mi Pensamiento*, Mérida, Yuc., México, Dante, 1984, p.21

² M. Kundera, *El Arte de la Novela*, México, Vuelta, 1988, p. 118.

³ Insegnamenti di Giovanni Paolo II B.1-1982, 131.

La primera de estas conferencias fue expuesta en un evento que reunió a los Directores Académicos de la Universidad Iberoamericana, plantel Santa Fe, en Junio de 1991. La segunda fue expuesta en el segundo Encuentro Académico del Sistema UIA realizado en León, Gto. en el Verano de este año. Hay que tener presente que los textos aquí publicados fueron escritos para una presentación oral de ellos.

Esperamos que la lectura de este Cuaderno haga una aportación valiosa a los universitarios.

Juan E. Bazdresch

APORTACIÓN VALORAL CRISTIANA A LOS DESAFÍOS DEL MUNDO ACTUAL

1. INTRODUCCIÓN: LA MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Este Seminario de Directores de la UIA sobre “LA UNIVERSIDAD HUMANISTA FRENTE A LA SOCIEDAD EMERGENTE” es (para mí) un motivo de inmensa alegría, ya que puede conducir a la UIA a que viva la plenitud de su vocación universitaria. Una Universidad que desconoce el presente, vive necesariamente con la inercia de los tiempos anteriores, y es más propiamente universidad muerta. Creo que la plena vocación universitaria es viva, cuando ausculta en el entorno mexicano los desafíos de ese tiempo nuestro que nos ha tocado vivir, (-me satisface ver la presencia de personalidades como el Dr. Pablo González Casanova-) cuando acepta y trae a las aulas y a los programas de investigación toda esta racionalidad moderna con su eficacia prodigiosa, sus proyectos y realizaciones, por una parte, y por otra, cuando la Universidad saca del tesoro de su largo historial los más altos ideales universitarios, particularmente su confianza en la verdad y los valores y su creencia en la libertad humana, a fin de que en el encuentro, lo nuevo y lo perenne se fecunden y hagan brotar las actuales orientaciones fundamentales sobre los hombres, la sociedad y la cultura, que permitan encontrar nuevas soluciones a los actuales problemas, que remodelen las nuevas carreras universitarias, no en sujeción al sistema, sino en el servicio de las más genuinas necesidades humanas, y que difundan en todo el país sus convicciones culturales.

2. EN EL CENTRO DEL ENCUENTRO DE LA UNIVERSIDAD HUMANISTA Y DE LA SOCIEDAD EMERGENTE ESTA EL HOMBRE, EL HOMBRE DE CUERPO ENTERO

El centro de la Universidad son los hombres. No sólo los universitarios, no sólo los no universitarios. Todos los hombres y todo el hombre: nuestra economía, nuestra sociedad (el Estado, la política y los grupos y clases sociales), nuestra cultura, y, en todas ellas, todas las dimensiones del hombre, las abarcables por la ciencia y también las inabarcables que pertenecen al misterio, que sin éstas la noción de Universidad ya no comprendería el todo humano. Es lapidaria la sentencia de Octavio Paz: “el problema del hombre es que el hombre es más que hombre”. Al ser mismo del hombre, a su vida, no le resulta “indiferente” el que Dios exista o no exista.

El racionalismo y el positivismo quisieron encajonar el misterio del hombre. Todo lo que no cabía fue mutilado y unidimensionalizado. Poco ha perdurado el empeño. Las ansias de verdad, de valor, de libertad renacen y están rompiendo las estructuras que por trucas e incompletas se convirtieron en cárceles, las cuales a su vez, al desalojar la soberanía libre de los hombres, se dieron a sí mismas la categoría de Absoluto. Parece que asistimos ahora al comienzo de un movimiento pendular, donde la libertad empieza a dominar, por la verdad y los valores, sobre las estructuras que han pretendido dominar la libertad soberana. La cortina de hierro que impuso un totalitarismo se derribó sin violencia. En Occidente amenaza otro totalitarismo: el de un neoliberalismo salvaje.

La sociedad emergente y la Universidad humanista convergen en afirmar la definitiva centralidad del hombre.

Desde una óptica, se rechaza un Absoluto trascendente por ser indigno del hombre, creador y libre. Es la tentación de Prometeo, de robar el fuego sagrado a los dioses. Es la expresión del Garaudy de hace años: Todos tenemos sed de un mismo absoluto, pero lo que para unos es presencia, para otros es ausencia. El vacío de ese Absoluto pronto ha sido llenado por otros falsos absolutos como el colectivismo, el capitalismo o el consumismo, con el agravante de ser un absoluto no sólo opresor sino mutilador de dimensiones esenciales del hombre.

Desde otra óptica opuesta, la del temor y temblor sagrados, lo único que cuenta es el poderío de Dios. El hombre y las creaturas le temen y se someten. Se someten e inmolan para que Dios sea, o se escapan a una vida secular autónoma e independiente, para pagar el mínimo tributo a Dios.

Pero la centralidad del hombre no pertenece a ninguna de las dos ópticas. Es la dialéctica que afirma la paradoja del hombre: grandeza y pequeñez, riqueza y miseria, creador y creatura, súbdito de Dios y señor de la tierra, “hombre y más que hombre”. Es precisamente el Absoluto el que sostiene y defiende el misterio del hombre, el que le hace relativizar las otras cosas, el que lo abre e impulsa a romper las cadenas de la propia alienación, a crear y a desarrollarse, adentrándose por todos los caminos, los racionales y los misteriosos. Creer en Dios es salvaguardar y reubicar al hombre. Creer en Dios supone una sabiduría de la historia: Dios la lleva en cualquier caso, pero quiere valerse de la decisión libre y racional de los hombres, a tal grado que les respeta incluso sus indecisiones irracionales. Aunque el hombre falle, el mundo no se colapsa, aunque no sin mucho dolor. Creer en Dios es mantener la sabiduría de que el Dios bueno saca siempre el mejor provecho de nosotros. Creer en Dios es poner la felicidad en el presente y no arriesgarla en la aventura de lograr algo en el futuro.

3. LOS DESAFÍOS DE LA RACIONALIDAD MODERNA

De ese núcleo que es el hombre brota ahora con ímpetu insospechado la creación de la racionalidad moderna. La ciencia moderna constituye el “racional” por excelencia. Es el racional el que determina los objetivos y establece la relación planeada de medios, metas y proyectos para realizarlos. Es la ciencia calculadora, técnica y operacional, contra la que tan fuertemente ha reaccionado la Escuela de Frankfurt, la que pasa por alto la subjetividad del hombre y de la sociedad e impide la acción comunicativa, el sentido único y totalizante de la vida: Esta ciencia moderna ha producido el admirable progreso material en todos los órdenes. Pero al pasar de la suficiencia a la exclusividad y absoluta autonomía se desengancha de los valores éticos y religiosos e invade y distorsiona los otros ámbitos misteriosos del ser del hombre. De la distorsión nacen los sistemas económicos y políticos erigidos en ideologías, la secularidad -con aspectos tan positivos como la autonomía de la cultura, el respeto y la tolerancia, la indiscriminación de los hombres por motivos religiosos o filosóficos, la defensa del diálogo, de los derechos humanos, del derecho a la singularidad y a la disensión, y cada vez menos agresiva en su lucha deliberada contra toda religión-, nace el consumismo y la competitividad creciente del mercado hasta la explotación.

El cristianismo está liquidado si se consuma la “muerte del hombre”. Por esta razón, el cristianismo en el mundo secular se convierte en defensor del hombre, de la irrenunciable condición de los sujetos, de su propia vida e historia. La inculturación cristiana y humanista en el mundo secular es sobre todo una inserción en el corazón ético del hombre que mantiene el sentido completo de la existencia humana. Es verdad que la exclusiva razón instrumental mata al hombre. Pero también es verdad que el mundo moderno no puede llegar a su actual realización, si no es a través de la aplicación técnica. Por ello la primera tarea de la moral es la de crear la conciencia de apertura hacia lo humano en el corazón mismo de la economía.

4. TRES DESAFÍOS CONCRETOS

Esta racionalidad moderna, aun antes de mirar la crítica de los sistemas ha dejado ya establecidos para largo tiempo tres amplios campos donde tenemos que hacer muy serios y trascendentales ajustes.

El primero es la necesidad que tienen todos los países de entrar a la economía de mercado internacional. Brinda una oportunidad de alcanzar un bienestar general y una mejor calidad de vida.

Necesita, sin embargo, ser regulada a fin de que las injusticias crecientes no solo no aumenten sino disminuyan notablemente.

El segundo es el de la democracia y los derechos humanos. Hay la posibilidad real de una convivencia justa y pacífica que llega con la instauración de una democracia genuina.

El tercero es el de un nuevo horizonte cultural, respetuoso de la conciencia personal y la pluralidad de mentalidades, pero abierto también a lo audaz y a lo insólito, incluso a acoger las verdades trascendentes del hombre y del destino humano.

Volved sobre las exigencias de los principios éticos y cristianos relacionados con estos tres desafíos.

5. LOS SISTEMAS ANTE LA CRISIS

La crisis mueve hacia nuevas formas de democracia y afecta los grandes sistemas económicos y políticos. 1989 fue el año del colapso del socialismo real. Un estudio universitario, siempre crítico, sobre las causas del fracaso requiere mayor tiempo y distanciamiento. Pero tampoco podemos caer en una actitud acrítica de defensa o de ataque. Por ahora se consideran dos causas de la quiebra: la ineficiencia del sistema económico y la violación sistemática de los derechos del trabajador. La raíz, sin embargo, es antropológica. No es posible comprender al hombre desde el exclusivo sector de la economía. La lucha en favor del trabajo más humano defendiendo la dignidad del hombre, frente a un vacío espiritual. No podemos creer en el secreto por el que una organización social perfecta hace imposible el mal. Porque nadie puede ser bueno por fuerza.

El neoliberalismo ha expandido notablemente su poderío. Sin embargo, no sabemos si es ya el comienzo de su ocaso. Así lo empiezan ya a apuntar algunos sociólogos americanos. La prioridad del capital internacional parece instaurar nuevas amenazas en contra del hombre. Y hemos visto recientemente que un sistema no puede abusar impunemente de los derechos del trabajador.

En el modelo neoliberal aparecen estas tendencias: el proceso técnico de la economía global es lo racional, centro y base del proceso social que condiciona valores, culturas, religiones, pluralismo, diálogo y creatividad. El capital sin fronteras es lo primero en su pragmática. El Estado y la sociedad se legitiman por la eficacia económica.

El neoliberalismo critica fuertemente al liberalismo de los comienzos, porque negoció e hizo concesiones a los capitales privados, a los Gobiernos y a la exigencia de las clases trabajadoras. La diferencia más notable entre liberalismo y neoliberalismo es su relación con las religiones y las Iglesias. Los mexicanos lo estamos viendo en forma aguda y aun humorista. El liberalismo impuso su pacto a las iglesias mexicanas. Las confinó al exclusivo mundo de lo sagrado y, a ser posible, al sagrado privado de las conciencias individuales. Las sacó de la vida pública, las puso fuera del Estado de Derecho y con ello las convirtió de subversivas en subvertidas. Ahora el neoliberalismo reacciona fuertemente. Primero, porque en la sociedad secular ya no es posible la existencia medieval de Religiones de Estado. Segundo, porque en el pluralismo secular se respetan las opiniones de los grupos religiosos. Así lo dice la Carta Universal de los Derechos Humanos. Y, sobre todo, tercero, porque el neoliberalismo necesita del sentimiento religioso para unir y cohesionar al pueblo, sobre todo con religiosidades como las de las sectas que canalizan la emotividad, dan unidad al sentimiento popular y además están ausentes de la vida pública y por ello no pueden entrar en la lucha por la justicia. Una

gran fuerza moral que impulsa la justicia en América Latina es la Iglesia católica que ha llegado a ser contestataria de los regímenes de opresión. Por ello las conclusiones del informe Rockefeller.

En su última Encíclica social Juan Pablo II no oculta su temor ante lo que pueda surgir del neoliberalismo: “Es más, existe el riesgo de que se difunda una ideología radical de tipo capitalista, que rechaza incluso el tomar (los problemas de la miseria) en consideración, porque a priori considera condenado el fracaso todo intento de afrontarlos, y de forma fideísta, confía su solución al libre desarrollo de las fuerzas del mercado”(C. A. n.42).

6. APORTACIÓN CRISTIANA

6.1 NOVEDAD DEL PREGÓN CRISTIANO

Los cristianos vemos la nueva sociedad emergente, con optimismo, con positividad, con realismo y con audacia. Queremos estar en ella, creemos que tenemos algo que aportarle y lo queremos hacer. Nos guía una optimista y humorista teología de la historia. Sabemos que el Señor la conduce, que nos participa seriamente la conducción, y que, cuando fallamos por nuestra debilidad, El reencauza misteriosamente la historia. Es la base de nuestro humorismo. Vemos en el mundo presente una nueva concepción de la Sociedad, del Estado, de la Autoridad, nuevas formas de Capital y de Trabajo, nuevos Conflictos entre capital y trabajo.

Al querer proclamar las condiciones elementales de justicia, asumimos como clave de lectura, la dignidad del trabajador, la dignidad del trabajo, definido como la actividad ordenada a proveer a las necesidades de la vida, y en concreto a su conservación. Optar, además, por los trabajadores significa optar por los pobres.

En América Latina la Teología de la Liberación ha hecho cuatro aportaciones definidas y definitivas a las Iglesias cristianas: la constatación del creciente ensanchamiento de la brecha entre ricos y pobres, entre países ricos y países pobres; la comprensión del pecado estructural de injusticia; la universalidad del amor y la preferencialidad situada en los pobres en el momento de la comprensión y de la acción; y la necesidad de responsabilizar a los pobres para que asuman su propia liberación.

6.2 EN EL FONDO DE LA PERSONA.

La opción cristiana por los trabajadores y los pobres es –inmediatamente- porque son tales, no por ser buenos y-mediatamente- porque son hombres, porque tienen una dignidad inalienable, porque son capaces de guiarse por la verdad y la bondad, para orientar libremente la propia vida. “Canto más indefensos están en una sociedad tanto más necesitan el apoyo y el cuidado de los demás, en particular, la intervención de la autoridad pública” (C. A. n.10). Por eso la opción no es exclusiva y en ello conviene con algunas corrientes éticas del presente.

Pero, el cristianismo conoce definitivamente el sentido del hombre, gracias a la Revelación.

Cuando clausuraba el último Concilio, el Papa Paulo VI habló sobre el valor humano desplegado en él. Algunos se preguntaban alarmados si se habría desviado la mente de la Iglesia en la dirección antropocéntrica de la cultura moderna. El Papa respondió: “desviado, no; vuelto, sí”. El Concilio volvía a asumir al hombre como camino de la Iglesia. El hombre es su destinatario. “Y para conocer al hombre verdadero, al hombre integral es necesario conocer a Dios”. El hombre está hecho para hablar directamente con Dios ya en esa vida. Es trato existencial, inmediato, sin intermediarios. Es trato que

conduce al misterio por caminos dolorosos, insospechados o inéditos, sin parálisis ante lo totalmente nuevo.

Desde esta antropología teológica se puede comprender mejor la alienación humana, tan presente en los sistemas humanos: “La alienación es la inversión entre los medios y los fines: el hombre cuando no reconoce el valor y la grandeza de la persona en sí mismo y en otro, se priva de hecho de la posibilidad de gozar de la propia humanidad y de establecer relación de solidaridad y de comunión con los demás”. (C. A. n.41).

Pero el centro del Evangelio no se mueve en categorías abstractas. Por ello, desde la cruz de los que actualmente sufren, surge la denuncia actual de la injusticia, el descubrimiento actual de los nuevos pecados, sus nuevos nombres, y la actual reconciliación en el sufrimiento.

El Evangelio presenta desde la cruz un proyecto universal, sobre la base de la filiación divina. Parte desde los pobres con espíritu. Se alimenta de esperanza, para que todos tengan vida material y espiritual, como don primero y base de todos los demás, y la tengan en abundancia. En el orden económico, la utopía cristiana propone una civilización de la pobreza y del trabajo que sustituya a la civilización de la riqueza y del consumismo. Hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas y de la solidaridad compartida los principios de humanización y desarrollo. El motor de la historia es sobre todo la misericordia y el amor, no dejándose atrapar por el egoísmo y el odio, ni pretendiendo dominar y servirse de los demás, sino ponerse a su servicio como el Hijo del hombre que ha venido a servir y a dar su vida por los demás.

En el amor por el hombre y por el pobre se concreta la promoción de la justicia para cambiar los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, y las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad. El cristiano es tan ambicioso, porque se apoya en que no le faltará el don de la gracia para que ejercite la justicia y tengan éxito los esfuerzos de los hombres para establecerla. Todo lo puede en aquel que le conforta. Desde el misterio de la gracia es como se puede conocer más realísticamente al hombre, al delimitarse con mayor sabiduría tanto sus límites como sus alcances. Por otra parte, el mundo actual es cada vez más consciente de que la solución de los graves problemas nacionales e internacionales no es sólo cuestión de producción económica o de organización jurídica o social, sino que requiere precisos valores ético-religiosos, así como un cambio de mentalidad, de comportamiento y de estructuras.

Desde esta perspectiva cristiana se comprende por qué el Cristianismo no tiene modelos que proponer. Lo que aporta es una orientación ideal e indispensable, reconoce, por ejemplo, la positividad del mercado y de la empresa, orientado al bien común.

La mediación entre los valores cristianos y los desafíos actuales tiene que llevarse a cabo en los talleres de investigación universitaria. No será posible sin el concurso de todas las disciplinas, las ciencias y las técnicas.

6.3 INSERCIÓN CRISTIANA EN EL MUNDO DE LA ECONOMÍA

El moderno conflicto social lo encuentra la Iglesia católica entre el mundo del capital y el mundo del trabajo. El trabajo sigue exigiendo el acceso a la propiedad privada o, al menos, a trabajar en algo propio como propio. Cada vez más importante el papel del trabajo humano, sobre todo, el trabajo que tiene acceso a la técnica y al saber, el trabajo que es creativo disciplinado y capaz de iniciativa. El trabajo debe llevar a formar comunidades de trabajo, a economías de empresa basadas en las personas

por encima del capital, a fin de que el hombre mismo desate toda su capacidad de conocimiento y de saber científico y mire la satisfacción de las necesidades, desde la organización solidaria. Lo ideal es, pues, una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación.

En años recientes se ha afirmado que el desarrollo de los países más pobres dependía del aislamiento del mercado mundial, así como de su confianza exclusiva en las propias fuerzas. La historia reciente ha puesto de manifiesto que los países que se han marginado han experimentado un estancamiento y retroceso; en cambio, han experimentado un desarrollo los países que han logrado introducirse en la interrelación general de las actividades económicas a nivel internacional. Parece, pues, que el mayor problema está en conseguir un acceso equitativo al mercado internacional, fundado no sobre el principio unilateral de la explotación de recursos naturales, sino sobre la valoración de los recursos humanos.

Aunque el libre mercado puede ser instrumento eficaz de colocar recursos y responder a las necesidades, existen otras numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado. Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas. Se puede hablar justamente de lucha contra un sistema económico, entendido como método que asegura el predominio absoluto del capital, la posesión de los medios de producción y de la tierra, respecto a la libre subjetividad del trabajo del hombre. De hecho, todo el sistema sociocultural, al ignorar la dimensión ética y religiosa, se ha debilitado, limitándose únicamente a la producción de bienes y servicios. El capitalismo tiene aspectos positivos pero conlleva aspectos negativos inaceptables y difíciles de erradicar. Los aspectos positivos son: el papel fundamental de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la creatividad responsable en la economía. Los aspectos negativos son que el capitalismo no ha encuadrado la libertad en un sólido contexto institucional, jurídico y político que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso. La legitimación de la propiedad privada se da cuando se emplea para un trabajo útil, cuando crea oportunidades de trabajo y de crecimiento humano para todos. No se da cuando no es valorada o cuando sirve para impedir el trabajo de los demás o para obtener unas ganancias que no son fruto de la expansión global de trabajo y de la riqueza social.

6.4 INSERCIÓN CRISTIANA EN EL MUNDO DE LA DEMOCRACIA

Existe un trabajo, particularmente urgente en México, que consiste en defender e impulsar la primacía natural y la prioridad de los derechos humanos de la persona, de la sociedad familiar, de los grupos intermedios y de la sociedad civil, por encima del Estado centralista.

El Estado de derecho, en el cual es soberana la persona, capaz de llegar a la verdad, y la ley, no la voluntad arbitraria de los hombres, es el justo límite de todo Estado y de su tentación eterna, el totalitarismo.

Una auténtica democracia, que asegure la participación de los ciudadanos en las opciones políticas y garantice a los gobernados la posibilidad de elegir y controlar a sus propios gobernantes o la de sustituirlos oportunamente de manera pacífica, es posible solamente en un Estado de Derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona y la sociedad.

Asistimos hoy al predominio, no sin contrastes, del ideal democrático con una viva atención y preocupación por los derechos humanos.

Incumbencia del Estado es la de vigilar y encauzar el ejercicio de los derechos humanos en el sector económico, de secundar la actividad de las empresas, creando condiciones que aseguren oportunidades de trabajo, estimulándolas donde sea insuficiente o sosteniéndola en momentos de crisis. Tiene el derecho a intervenir cuando situaciones particulares de monopolio creen rémoras y obstáculos al desarrollo.

Al intervenir directamente y quitar responsabilidad a la sociedad, el Estado asistencial provoca la pérdida de energías humanas y el aumento exagerado de los aparatos públicos, dominados por lógicas burocráticas más que por la preocupación de servir a los usuarios, con enorme crecimiento de los gastos.

El individuo hoy día queda sofocado con frecuencia entre dos polos: el Estado y el mercado. Pero el hombre es un ser que busca la verdad y se esfuerza por vivirla y profundizarla en diálogo continuo.

6.5 INSERCIÓN CRISTIANA EN EL MUNDO DE LA CULTURA

Toda la actividad humana tiene lugar dentro de una cultura y tiene una recíproca relación con ella. Para una adecuada formación de esa cultura se requiere la participación directa de todo el hombre, el cual desarrolla en ella su creatividad, su inteligencia, su conocimiento del mundo y de los demás hombres. A ella dedica también su capacidad de autodomínio, de sacrificio de solidaridad y disponibilidad para promover el bien común. Por ello la primera y más importante labor se realiza en el corazón del hombre, y el modo como éste se compromete a construir el propio futuro depende de la concepción que tiene de sí mismo y de su destino. Es en este nivel donde tiene lugar la contribución específica y decisiva del Cristianismo en favor de la verdadera cultura. Para recoger los frutos del hombre hay que cultivar al hombre mismo, al hombre entero, conciencia y sociedad, sagrado y profano, vida privada, vida profesional y vida pública. Hay que desprivatizar la fe para que la pueda vivir el cristiano en todo tiempo y lugar.

Para promover la paz, cuyo nombre moderno es el desarrollo integral de la cultura que envuelve todo lo demás, es necesaria la solidaridad de todos. Existe la responsabilidad colectiva de promover el desarrollo, con comprensión recíproca de conocimiento y sensibilización de las conciencias.

7. CONCLUSIONES

El hombre es ahora más que nunca el primer camino que el cristianismo debe recorrer.

Esta vuelta al hombre renace de la fe, “para conocer al hombre hay que conocer a Dios” como refería la síntesis conciliar de Paulo VI. Pero es sólo el comienzo. Este inicio de impulso lleva a la inserción completa y alegre en el mundo de hoy. Es la misión del Cristianismo. La inserción antropológica aventura al cristianismo por caminos desconocidos, audaces. Este humanismo se hace acendrado cristianismo, al mirar, en la transparencia de las lágrimas al hombre de hoy y al reconocer en él el rostro de Cristo. Tanto que en el trabajo de inserción en nuestra cultura podemos afirmar también: “para conocer a Dios es necesario conocer al hombre”.

Al conocer así al hombre, podemos sintetizar nuestro aporte cristiano a la sociedad emergente, en tres imperativos:

-Dejar que el misterio Dios sea más que los límites de la razón.

-No dejar al Estado ser más que Estado.

-No dejar que el hombre sea menos que hombre ni, desde luego, menos que las cosas, menos que el mercado y el capital.

LA UNIVERSIDAD ANTE EL SERVICIO DE LA FE Y LA PROMOCIÓN DE LA JUSTICIA QUE LA MISMA FE EXIGE

AÑO IGNACIANO. Agradezco mucho la invitación a estar en este Plantel de la UIA, en León. Me alegra ver tantas caras conocidas, especialmente en este encuentro donde celebramos los aniversarios de S. Ignacio y de la Compañía. Quiero decirles muy sencilla y escuetamente que estimo como una gran gracia el tener por Padre en el espíritu a S. Ignacio de Loyola y que la Compañía de Jesús, tal como ha existido y existe hasta ahora, con todos sus heroísmos y deficiencias, particularmente con los testimonios martiriales por la Fe y la Justicia de casi cuarenta jesuitas, en los últimos tiempos, es mi gran gloria.

PREGUNTA DINAMIZADORA. Dice nuestro programa: ¿La UIA se ha replanteado formalmente las posibilidades de su labor educativa en respuesta al servicio de la Fe y la promoción de la Justicia que la misma Fe exige?

Dentro de un rato, Uds. deberán responderse esta pregunta.

A mí me corresponde ayudarles a que las respuestas sean pertinentes a la pregunta. No bastan las explicaciones justificativas. Hay que llegar hasta el sí o el no, que pide la pregunta o, más realísticamente, hasta un sí y un no, con matizaciones precisas. No se debe escamotear esa respuesta inicial y final. A Uds. les corresponden las últimas palabras. Apunto a un mecanismo de defensa, muy propio del Universitario. Lo propongo con un ejemplo: Cuando el deportista tiene miedo de perder en la cancha, se dedica a impedir el juego y echar fuera los balones. Cuando el universitario tiene miedo y no quiere el juego serio, impide, con discusiones inútiles e interminables (aunque amenas y encendidas), las resoluciones de los problemas. Espero que en esta reunión se vaya al punto, haya un avance cualitativo y les prevengo contra los escapes a discusiones estériles. Asuman críticamente todo lo que se les dice. Pero no se pasen a la hipercrítica descomprometida.

Mi impresión es, y con ello les quisiera incitar a la respuesta, que, en la UIA en general, ha habido un “sí, pero no”. Me consta que ha habido deseos y acciones, pero las dificultades, creo, han sido mayores. Yo examinaría dos cosas: los apegos que impiden la decisión y la creatividad, y la ingenuidad del neófito de lo social, que supone que el trabajo requerido es más fácil de lo que en realidad es, y que cree contar con mayores fuerzas de las que en realidad posee.

DIVISIÓN. Pero antes de entrar en materia quisiera señalar que nos encontramos con otro cambio más en la situación mundial, y que hay que tomarlo muy en cuenta.

El cambio a que me refiero es efecto de la Glasnost y de la Perestroika que se manifestaron simbólicamente con el abatimiento del muro de Berlín y la reunificación alemana, con la conmovición de los antiguos países “satélites” y con los increíbles cambios de la Unión Soviética. Hasta los nombres han cambiado: ya no Unión de Repúblicas Socialistas y Soviéticas sino Unión de Repúblicas Soberanas y Soviéticas; ya no Leningrado sino S. Petesburgo, de nuevo.

En consecuencia, dividiré mi intervención en dos partes: antes de 1989 y después de 1989. Este cambio, además, “coincide” –palabra neutra para no entrar en discusión- con el gran cambio operado en México desde la toma de posesión del Presidente, Lic. Carlos Salinas de Gortari. Creo, pues, que la

división es necesaria, porque si no se reflexiona sobre nuestras fallas en la primera etapa, para evitarlas en el futuro, no podremos entender a fondo esta nueva etapa, no sabremos cómo actuar.

1. LA UNIVERSIDAD ANTE EL SERVICIO DE LA FE Y LA PROMOCIÓN DE LA JUSTICIA QUE LA MISMA FE EXIGE, ANTES DE 1989.

Esta primera parte quisiera dividirla también en dos subpartes: las realidades que estaban en juego y la reflexión que ahora podemos hacer.

Me fijaré rápidamente en estas realidades: la Universidad, la novedad de la opción Fe-Justicia, el ambiente de la indignación profética ante la situación de injusticia y del miedo ante lo desconocido, pero al que teníamos que ir por el Decreto de la Compañía. En cuanto a las reflexiones, me detendré en estos puntos: la conversión, la mística, la experiencia de injusticia y nuestro pasmo ante la urgencia de crear las soluciones.

1.1 LAS REALIDADES DE ENTONCES.

Mucho trabajo nos dió abrir un espacio y encontrarles carta de ciudadanía a las Universidades de inspiración cristiana. Y era natural. No existían sino dos tipos de Universidad: la del mundo, “abierta” a los saberes liberales, pero laica y recelosa de los valores, especialmente de los religiosos, y la de la Iglesia, fuera del mundo. Como el Postconcilio fue lentamente asimilado, lentamente fue comprendido el movimiento de inserción en el mundo y la presencia abierta de los cristianos en búsqueda de diálogo universitario con los hombres de este mundo. Entendíamos la Universidad católica como universidad lejana del mundo donde se preparaban los apologetas que iban a defender la fe ante el irreconciliable mundo secular. Había que crear la Universidad puente. Eso quiso ser la Universidad de inspiración cristiana. De inspiración, por el entusiasmo de cristianos universitarios comprometidos con su fe y con su ideal universitario, y no por mandato de las autoridades eclesiásticas, que no necesariamente tienen vocación universitaria. El mandato puede facilitar muchas cosas, pero no puede sustituir la presencia ni creatividad de los universitarios cristianos. Ni siquiera en el mundo cultural mexicano, tan presidencialista. La Universidad de inspiración cristiana es para encontrarse y dialogar con el saber de este mundo, no para prepararse a la lucha a muerte; para proponer una solución mejor a los problemas de este mundo a partir de ese encuentro. Solución mejor, porque los cristianos estamos convencidos de que el Evangelio es para los hombres de todos los tiempos y lugares, es para hoy y sigue siendo un mensaje vivo de salvación. Solución mejor, porque creemos en el hombre, en su saber y en sus obras, aunque sean parciales y seculares. El Evangelio espera encarnarse en la sabiduría de este mundo para enriquecerla, no para apabullarla. El Evangelio no es algo aparte del mundo, sino el alma del mundo.

Como se ve, la problemática de las Universidades de inspiración cristiana sobre la fe y la justicia se encuentra encuadrada en una problemática mucho más amplia: la problemática eclesial de inserción en el mundo y la problemática de un cristianismo que cedió ante los prejuicios liberales.

Así pues, las Universidades de inspiración cristiana no presentaron más dura resistencia que otros sectores de la Iglesia ante los imperativos de la fe y la justicia, pero sí tuvieron especiales dificultades, sobre todo porque se pensaba que el saber universitario era tan desinteresado y neutro que no debía afectarse por los intereses económicos o políticos. De hecho no se veía clara la distinción entre la politización de la Universidad y la inserción del ideal universitario en la sociedad a la que se debe.

La nueva identidad postconciliar que afecta a todos los cristianos, podía desfigurarse por un prejuicio del Evangelio, aplicado en dos formas diferentes. Y con esto entro ya en el doloroso parto de los católicos del compromiso por la justicia de los pobres. El prejuicio liberal estaba muy vigente: el Evangelio era para los individuos, para el interior de su conciencia, pero no para el mundo. La primera forma enfatizó el Evangelio, pero aceptó el prejuicio. Consecuencia: Fe cristiana, sí; pero ¿por qué la justicia? ¿Y quién dice que la justicia es exigencia de la fe, sobre todo cuando esta justicia sale de este mundo y viene de ideologías ateas? Se preservaba la Fe pero no se soslayaba que en lo recóndito se defendían los propios intereses. Se confirmaba la dicotomía sagrado/profano. La segunda forma fue más peligrosa. Era el mismo prejuicio, pero cargaba el peso de la existencia en la otra realidad, la secular. ¿Justicia?

Sí, pero la que define la conciencia, sin la vergüenza de confesarse cristiano, y también sin el ánimo de cristianizar la revolución, como afirmó el Che Guevara.

El Concilio dejó una herencia: la conciencia de que su Misión es servicio, distinto de la función del Estado, porque también se preocupa de la suerte de las personas en concreto. Servicio a todo el hombre, en lo sacro y en lo profano, y a todos los hombres, en la vida personal y en la vida pública. Hasta 1971, en “La Justicia en el Mundo”, documento conclusivo del Sínodo, se explicita la nueva perspectiva. Su más famosa frase dice: “La lucha por la justicia y la participación en la transformación del mundo aparecen plenamente a nuestros ojos como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, que es la misión de la Iglesia para la redención de la humanidad y su liberación de toda situación de opresión”.

Con esta dimensión constitutiva se cargaron las plumas fuentes de los teólogos para amontonar escritos en la disputa teológica. Entonces aconteció la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús. El Decreto 2, del que está tomado el título de esta conferencia, salió gracias al P. Horacio de la Costa. El famoso Decreto 4 se enfangó en muchos problemas, pero logró salir a luz, con perfil muy profético y en forma notoriamente inacabada. Pero no eran los hombres, era el afán por aclarar las novedades el que provocó discusiones sin cuento y cargadas de dolor. Se abría un mundo nuevo. Providencialmente, un año después, en 1975, Paulo VI logró uno de sus mejores documentos: la *Evangelii Nuntiandi*, en la que plasmó muy acertadamente la nueva línea de la Fe / Justicia. Un gran conocedor de este campo, el jesuita P. Calvez, opina que sobre este tema la formulación de la *Evangelii Nuntiandi* es más clara, precisa y definitiva que el Decreto 4 de la Congregación 32 de los jesuitas. Yo espero que los sudores de la compañía hayan coadyuvado al éxito de la *Evangelii Nuntiandi*.

Una última realidad por recordar es la indignación que los “profetas” manifestaban entonces ante la injusticia. Es un elemento de alta potencia emocional y también intelectual. Estas reacciones airadas, como la de algunos movimientos en América Latina de fines de los sesentas, son reacciones desesperadas, totalmente comprensibles, ante un mundo que pudo y debió haber planteado más racionalmente el problema de la injusticia y que pudo y debió haber hecho más en la acción. Pero la homeóstasis social restablece el equilibrio desde la ira e incluso desde la irracionalidad, cuando lo racional da señales de no hacer nada en favor de una mayor justicia. Y con este tema entro ya en las reflexiones.

1.2 REFLEXIONES SOBRE LAS REALIDADES DE ENTONCES.

Quiero recuperar primeramente toda la positividad de los profetas de la justicia. A los cristianos nos volvieron a redescubrir el lugar privilegiado que los pobres ocupan en la vida social, tanto en la

óptica social como, sobre todo, a la perspectiva del Evangelio. Recuerdo lo que hace ya 12 años me dijo Gustavo Gutiérrez, cuando le exponía mis reservas críticas ante el empalme de la Teología de Liberación con el análisis marxista: “lo importante en la Teología de la Liberación no es el análisis marxista sino el que los pobres tengan voz dentro y fuera de la Iglesia”. El grito profético despertó a la Iglesia y logró carta de ciudadanía. Nunca daremos suficientes gracias a Dios, por este valiente carisma.

Pero, como en todo lo humano, también hubo aspectos negativos. Quisiera señalar uno, el miedo que este grito de indignación causó en buena parte de los católicos, porque era un grito que también llevaba miedo.

El prejuicio liberal sobre el Evangelio, que ya señalé, compartido con poca crítica por buena parte de la izquierda secular, hizo que no pocos creyentes dejaran el Evangelio para la vida íntima o lo aprovecharan para confirmar la fe secular en la eficacia de la Revolución o el convencimiento científico del sistema socioeconómico. Algunos llegaron a vivir la fe, pero sin pretender cristianizar el sistema, es decir modificarlo desde los imperativos éticos. El repentino encuentro con el mundo provocó miedo ante el problema, deslumbramiento ante sistemas sociales menos familiares, como el materialismo dialéctico e histórico y exageración absolutizante de su eficacia. Este miedo provocó más miedo en sus enemigos irreconciliables y causó increíble encerramiento en sus posiciones igualmente absolutistas.

Desde este ángulo mi reflexión es cuádruple.

Primera, la conversión a los pobres es una conversión cristiana libre y supone prioritariamente el auxilio de la gracia. Podemos prepararnos a la conversión, pero ella es don gratuito. Esta afirmación me evoca la famosa frase de la Primera Carta de Juan: “el amor expulsa el temor”. No se puede ser bueno por fuerza, ni de la sociedad ni de la voluntad, ni por ideología. Dice Juan Pablo II en su última Encíclica: “cuando los hombres se creen en posesión del secreto de una organización social perfecta que haga imposible EL MAL, piensan también que pueden usar todos los medios, incluso la violencia o la mentira, para realizarla. La política se convierte entonces en una religión secular, que cree ilusoriamente que puede construir el paraíso en este mundo”. (C. A. n 25). Lo dice el Papa en el contexto del socialismo real. Lo extiendo yo al contexto del capitalismo actual, bastante más real.

S. Ignacio pone todo el proceso de conversión de los pecados en contexto de misericordia: en el contexto de una aceptación incondicional del amor de Dios y de los demás. El pecado y su proclamación no son nociones teológicas hechas para acusar a los demás, sino para confesar nuestra situación de hombres delante de Dios, dicen los jesuitas catalanes en las jornadas Fe-Justicia de España, el año pasado; y esa confesión sólo es verdadera, cuando se hace en el seno del descubrimiento, de la proclamación y de la aceptación incondicional de Dios. Es posible una percepción pacífica de la propia maldad. Más aún es deseable una toma de conciencia “consolada” del propio pecado. Pero cuando abunda el miedo, sobre abunda la resistencia a la conversión. ¡Sólo nuestros políticos se dedican a proclamar a gritos, para ahogar el miedo, su propia honorabilidad y la maldad de sus adversarios!

Segunda, la conversión lleva a una gran mística, condición indispensable para optar incondicionalmente por la justicia del Evangelio. Es la mística de la Encarnación. Es la mística de la opción por Dios y por los hombres. “El camino primero y fundamental de la Iglesia es el hombre” (R. H.15) es la tesis central de Juan Pablo II.

La centralidad del hombre no es ni por el Dios aislado del hombre ni por el hombre separado de Dios. No es opción de posturas dicotómicas. Es la dialéctica que afirma la paradoja del hombre: grandeza y pequeñez, riqueza y miseria, creador y creatura, súbdito de Dios y señor de la tierra, lugar privilegiado de manifestación de Dios. Sólo cuando se acepta y se vive el misterio de Cristo pobre que nos enriquece con su pobreza y que está privilegiadamente presente en sus pobres que sufren y lloran, se adquiere la mística para el trabajo cristiano social. El centro del Evangelio no se mueve en categorías abstractas. Desde la cruz de los que actualmente sufren, surge la denuncia actual de la injusticia. Desde la cruz de los que actualmente sufren, surge la actual reconciliación en el sufrimiento.

Tercera, la gran mística lleva a la Experiencia, a tiempos y espacios de densa Inserción. Porque el amor consiste más en obras que en palabras, consiste en dar y recibir lo que se tiene o puede. La mística lleva a la inserción, a la preferencia de Dios. Su amor es universal, pero situado, en la parcialidad por los pobres para enriquecer a todos desde su pobreza. En el amor por el hombre y desde el pobre se concreta la promoción de la justicia para cambiar los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, y las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy a la sociedad. El cristiano es tan ambicioso, porque se apoya en que no le faltará el don de la gracia para que ejercite la justicia y tengan éxito los esfuerzos de los hombres por establecerla.

Cuarta, sólo el amor es creativo, es decir, sólo el universitario cristiano que vive en amor llega a arriesgarse en la creación de la justicia, cuando lo hace por la fuerza de la conversión, de la mística, de la experiencia solidaria. Una enseñanza de S. Ignacio, ahora viva en labios del P. Arrope: “cualquier esfuerzo por promover la justicia nos va a costar”. Durante el debate del Decreto sobre la Fe-Justicia dijo también que sin oposición, incluso por parte de nuestros amigos y de la Iglesia, podemos dudar si es verdad que estamos trabajando en favor de los pobres y de la justicia. El mismo decreto dice, quizá con mayor precisión: “No trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio” (n.46). Por la justicia abstracta ningún sensato quiere morir. Por los ajusticiados actualmente vale la pena morir. Los cristianos no buscamos directamente la cruz sino el Reino. Pero estamos dispuestos a llegar al Reino al precio de la cruz.

Cierro esta primera parte, señalando la urgencia de estar presentes en este mundo de hoy. Una universidad que desconoce el presente, vive necesariamente con la inercia de los tiempos anteriores, y es más propiamente universidad muerta, aunque haya sistematizado la unidad de los saberes. La plena vocación universitaria es viva, cuando ausculta en el entorno mexicano los desafíos de este tiempo nuestro que nos ha tocado vivir, cuando acepta y trae a las aulas y a los programas de investigación toda esta racionalidad moderna con su eficacia prodigiosa, sus proyectos y realizaciones, por una parte, y, por otra, cuando la Universidad saca del tesoro de su largo historial los más altos ideales universitarios, particularmente su confianza en la verdad y los valores y su creencia en la libertad humana, a fin de que, en el encuentro, lo nuevo y lo perenne se fecunden y hagan brotar las actuales orientaciones fundamentales sobre los hombres, las sociedades y las culturas, que permitan encontrar nuevas soluciones a los actuales problemas, que remodelen las nuevas carreras universitarias no en sujeción al sistema, sino en el servicio de las más genuinas necesidades humanas, y que difundan en todo el país sus convicciones culturales.

Desde estas reflexiones debemos volver a la pregunta dinamizadora.

Nosotros habíamos propuesto (cfr. “¿Cómo entender aquí y ahora la Universidad de Inspiración Cristiana?” *Cuadernos de Reflexión Universitaria*, N. 3. UIA) para la etapa anterior las siguientes condiciones para la acción de las Universidades de Inspiración Cristiana en su mundo secular:

* Inspiración cristiana de fe en el Evangelio y no inspiración secular y/o subjetiva a propósito de algún rasgo de la fe.

* Inspiración cristiana comunitaria, en el seno de la confesión de la(s) asamblea(s) y no inspiración individual.

* Encuentro universitario y no con universitarios. Es decir pastoral universitaria en una opción preferencial por el encuentro del saber salvífico con el saber de este mundo, por el encuentro de la vida de los cristianos con la vida de los hombres seculares. No basta la pastoral de universitarios, que cultiva su fe y su vida sacramental, independientemente del horizonte del mundo actual.

* Implantación de la Universidad en el horizonte de este mundo, es decir necesidad de que la Universidad se implante en la sociedad con un perfil definido y orientado, que sea siempre una instancia crítica universitaria frente a las estructuras de su país. Que tenga capacidad de convocación y orientación cultural definitiva.

*.Revisión de las carreras universitarias desde la posición libre y crítica ante la sociedad y el mundo. No tanto sacar instrumentos útiles al sistema, sino hombres libres frente a todo sistema.

* La investigación es prioritaria sobre la docencia, a fin de no repetir la enseñanza de cosas pasadas. ¿Hay prioridad de criterios valorales en relación a la elección de los proyectos de investigación?

2. LA UNIVERSIDAD ANTE EL SERVICIO DE LA FE Y LA PROMOCIÓN DE LA JUSTICIA QUE LA MISMA FE EXIGE, DESPUÉS DE 1989

2.1 UNA LECCIÓN IGNACIANA.

Quisiera compartirles una primera lección que aprendí de S. Ignacio, hace ya muchos años, la de que el compromiso que hacemos en la Compañía, no es con la imagen del Dios que tuvimos en un tiempo o tenemos, ni con la imagen de una Compañía de un siglo y lugar determinados. Las imágenes están subordinadas a nuestros descubrimientos de esas realidades, o mejor dicho a su revelación. Las relaciones y los compromisos que hacemos se establecen con las realidades de las personas: con el Dios siempre mayor, siempre presente y siempre más misterioso, y con la Iglesia actual, con la Compañía real del presente, con las sociedades de hoy, tal y como existen, no tal y como cada uno de nosotros las quiere para sí o las quiera conforme a las imágenes del pasado que ya no corresponden al presente. Alguno de Uds. preguntará: ¿a qué viene esa consideración devota? Y yo respondo: A que nuestro compromiso con la Universidad, con la Fe y con la Justicia, no es con las imágenes que de ellas hemos tenido hasta ahora, sino con lo que ellas son ahora. Y he de decirles, para confesar toda la verdad, que esos compromisos siempre renovados y renovables me han quitado no pocas veces las románticas devociones que acariciaba.

Esta lección es especialmente importante en esta coyuntura tan difícil. Apenas estábamos queriendo romper las redes de los prejuicios liberales en torno a la Fe y a la Justicia, apenas empezábamos a comprender algo del mundo secular, de la presencia cristiana en él, particularmente en una Universidad de Inspiración Cristiana, cuando vuelven a cambiar de nuevo, en el presente, esas tres realidades. ¿No es para desesperarse? Desesperarse, tal vez, pero no con la realidad, sino con la lentitud de nuestro cambio.

Siguiendo todavía esta gran lección, quisiera decir que la coyuntura actual nos pone ante un dilema doloroso que altera nuestro horizonte: estamos ante una oportunidad, o de aferrarnos a nuestros miedos, que nos hemos puesto como máscaras para ocultar lo que somos o lo que no queremos ser, o de percibir pacíficamente y con magnanimidad cristiana nuestra propia maldad, en conversión, en mística y en experiencia cristianas a fin de desencadenar nuestra tarea universitaria.

Y no vengo con música celestial, sino con prosa muy terrenal. La oportunidad es de oro.

La alternativa se presenta generalmente de dos maneras. Una, para los conservadores, argüiría: dejado el “socialismo real” en la cuneta de la historia, no queda sino una única alternativa, la rampante “Economía de Mercado”. Para los progresistas se modula diferentemente: o seguir combatiendo quijotesicamente por un socialismo auténtico, libre de los fallos del socialismo real, o rendimos a la omnipotente “Economía de Mercado”, intentando podarla de sus más inhumanas consecuencias.

Decía que la coyuntura fuerza al desenmascaramiento en autenticidad, por ambos extremos. A los conservadores se les cae la máscara del anticomunismo. Ya no tienen enemigo con quien pelear. Y, ahora, ¿qué? Pueden reconocer auténticamente que lo que les movía no era tanto el miedo al comunismo sino el miedo a compartirlo propio -lo superfluo y lo necesario- con los pobres, para hacer justicia. O pueden caer de nuevo y embozarse con la necesidad imperiosa del nuevo liberalismo, como única mediación posible. Hay una oportunidad: al desaparecer la acusación de sus enemigos, pueden aceptar más fácil y pacíficamente su propia maldad y convertirse.

Análogamente, a los progresistas se les cae la máscara de la justicia. Pueden reconocer que lo que les movía no era tanto la justicia del Evangelio cuanto el miedo a no desligarla del único sistema que les parecía o sigue pareciendo eficaz, y de que la caída de su sistema implique la caída de la justicia sin más, incluyendo la del Evangelio, como si su sistema fuera el único sostén o la única mediación posibles. Les queda también una oportunidad, al reconocerla debilidad del socialismo real, de reconsiderar dónde ponen el peso y la certeza de su exigencia por la justicia.

2.2 NOVEDAD DEL CAMBIO

Los jesuitas catalanes, en su aportación a las jornadas Fe-Justicia de España, formulan el cambio cultural actual con lenguaje bíblico. Lo ven como un paso de lo “profético” a lo “sapiencial”. Y añaden: “Quizá sería más exacto decir que el cambio cultural de todo eso que se llama “postmodernidad” es el que nos impone este cambio de registro”. (*Información S.J.* n. 25 (1991) p. 79).

La caracterización me gusta y la interpreto por mi cuenta. El profeta siente que el mensaje de Dios le quema dentro de su corazón para proferir una palabra sobre privilegiadas señales de presencia divina en las personas, en la sociedad, en la cultura; se concreta en el Hoy. El sabio busca las alturas y la distancia para observar todo el proceso de la historia y de la vida, desde donde nace hasta donde desemboca. El profeta tiende a absolutizarla imperiosidad del presente. El sabio tiende a relativizar los acontecimientos del presente con la larga experiencia del pasado. El profeta es ímpetu e intuición. El sabio es tranquilidad y crítica de las ideas recibidas. Intenta reformular la fe con palabras de hoy. Nada hay nuevo bajo el sol, dice exagerando el escéptico Eclesiastés.

Estas caracterizaciones bíblicas llevan la intención de ayudar a cada uno de Uds. a encontrar su propia autenticidad, a conocer más a fondo la realidad, en medio de una mayor dramaticidad de la injusticia, pero que ya no nos toma tan por sorpresa. Ya no tenemos justificación al preguntamos como en la etapa anterior, ¿qué justicia concreta habría que promover y cómo en concreto en la Universidad?

Ahora aceptamos con bastante consenso lo que es la presencia cristiana en el mundo, la justicia concreta del Evangelio y su encuentro con las ideologías de este mundo.

Ahora nos preguntamos cómo se ha modificado el mundo y qué cambios ha habido en nuestro país y en nuestra Iglesia. Ya entrando a las categorías seculares, nos encontramos con la contradicción del antropocentrismo secular: nunca se había dado tanta atención al hombre, y nunca se había dispuesto de tanta capacidad para manipularlo. La racionalidad moderna se basa en la nueva ciencia empírica. Es modesta, no pretende poseer la verdad, intenta sólo acercarse a ella. Eso le permite aceptar de buen grado el pluralismo, la disensión, el diálogo y el respeto a la persona y sus derechos. Son los aspectos positivos del liberalismo. Esta fría cientificidad ayuda a medir el sitio que dejamos a las ideologías, como visión del mundo y como análisis en vista a un comportamiento, y relativiza absolutizaciones injustificadas. Sin embargo, el liberalismo es como Proteo. Cambia constantemente de forma. Es como cierto Partido que conocemos desde hace muchos años: se hace a todo, menos a dejar el poder. Esta ciencia moderna, el “racional” por excelencia, determina los objetivos y establece la relación planeada de medios, metas y proyectos para realizarlos. Se abre a todos los medios para conseguir lo que no cuestiona: la prioridad absoluta del capital globalizado, internacionalizado. Pasa, pues, por alto la subjetividad del hombre y de la sociedad e impide la acción comunicativa, el sentido único y totalizante de la vida. Ha levantado un admirable progreso material. Pero se desengancha de los valores éticos y religiosos e invade y distorsiona los otros ámbitos misteriosos del hombre. De la distorsión nace una nueva ideología muy refinada: respeto a todo, menos al absoluto; al crecimiento pragmático del capital. Esta ideología demanda, por tanto, gran discernimiento para aprovechar toda la apertura de los medios y para criticar lo inhumano del fin.

El socialismo real se ha derrumbado, al menos para un tiempo largo. Quizá Marx le haga rectificar algunas cosas, como el que el paso al socialismo se hace desde el capitalismo avanzado. Marx fue un hombre genial y como todo genio tendrá siempre una palabra para la humanidad. Quizá ya está en el recinto, como S. Tomás, en que más inspiran a hacer algo parecido a lo que ellos hicieron en un contexto muy diferente, que enseñan una doctrina aplicable en nuestro presente.

EL socialismo real debe ser estudiado a fondo. Habría que analizar tanto su totalitarismo y su negación del derecho de los trabajadores, como su eficacia en economía.

El ideal socialista tampoco está excluido. Por ser modelo utópico no quiere decir que no es práctico. Debe ser estudiado universitariamente, esto es, crítica e interdisciplinariamente. Puede enriquecer en la creación de nuevos modelos de sociedad.

La Teología de la Liberación ha hecho cuatro aportaciones definitivas a la Iglesia Universal, que han sido recogidas en el magisterio universal de Juan Pablo II. Son: la opción preferencial por los pobres, la visión pastoral de una brecha creciente entre ricos y pobres, países ricos y países pobres, el nuevo nombre del pecado estructural y la necesidad de que los pobres actúen, sin esperar a que los ricos hagan algo por ellos. La espiritualidad de la Teología de Liberación es muy rica. También su pastoral. Ahora los teólogos de la liberación están en un tiempo intenso de reflexión sobre el empalme con el análisis marxista. Esperamos sus aportaciones y agradecemos lo que ya nos dieron.

La amenaza real a los ideales humanos y cristianos es el neoliberalismo rampante. El perfil del modelo, siendo sólo eso, un perfil, ayuda a comprender las cosas concretas. Desde 1982, y sobre todo, desde 1988, nuestro país se ha transformado radicalmente, entres aspectos que requieren serios y trascendentales ajustes. El primero es la necesidad de entrar al mercado internacional. No nos quedaba otra, es verdad. Brinda una oportunidad de alcanzar un bienestar general y una mejor calidad de vida. Sin embargo, necesita ser regulada a fin de que las injusticias creciente no sean crecientemente

justificadas. Una universidad de opción Fe-Justicia, no puede ignorar y callar lo que está pasando en este campo. Necesita emplearse a fondo en la investigación, por ejemplo, del Tratado de Libre Comercio, del alcance del programa Pronasol, y particularmente de la situación de los obreros y campesinos.

El segundo aspecto es el de la democracia y de los derechos humanos. ¿Hay en nuestro país, la posibilidad real de la convivencia justa y pacífica que llega con la instauración de una democracia genuina?

El tercer aspecto es el de un nuevo horizonte cultural, respetuoso de la conciencia personal y de la pluralidad de mentalidades, pero abierto a lo audaz y a lo insólito, incluso a acoger las verdades del hombre y del destino humano.

El neoliberalismo ha expandido notablemente su poderío. Sin embargo, no sabemos si es ya el comienzo de su ocaso. Así lo empiezan a apuntar incluso algunos sociólogos norteamericanos. La prioridad del capital internacional parece instaurar nuevas amenazas en contra del hombre. En esta tendencia, el proceso técnico de la economía global es lo racional, centro y base del proceso social que condiciona valores, culturas, religiones, pluralismo, diálogo y creatividad. El capital sin fronteras es lo primero en su pragmática. El Estado y la sociedad se legitiman por la eficacia económica. No hace concesiones, como el antiguo liberalismo, pero no se busca gratuitamente obstáculos ni enemigos. Aprovecha la fuerza social legitimadora de las religiones para que lo convaliden ante la sociedad.

Dice el Papa en su última Encíclica: “Es más, existe el riesgo de que se difunda una ideología radical de tipo capitalista, que rechaza incluso el tomar (los problemas de la miseria) en consideración, porque a priori considera condenado al fracaso todo intento de afrontarlos y, de forma fideísta, confía su solución al libre desarrollo de las fuerzas del mercado” (C. A. n.42).

La condena del capitalismo queda muy claramente reafirmada: “En este sentido se puede hablar justamente de lucha contra un sistema económico, entendido como método que asegura el predominio absoluto del capital, la posesión de los medios de producción y la tierra, respecto a la libre subjetividad del trabajo del hombre” (C. A. n. 35). Por ello repite en el mismo lugar: “Queda mostrado cuán inaceptable es la afirmación de que la derrota del socialismo deje al capitalismo como único modelo de organización económica”. Finalmente: “Si por capitalismo se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa”(C. A. n.42).

La Iglesia católica tiene un pensamiento social que es teología moral social, no ciencias sociales católicas. “La Iglesia no tiene modelos para proponer” (C. A. n. 42). Para ello se requieren mediaciones científicas que afinen los proyectos y los lleven a la comprobación práctica. Y estos proyectos se realizan en los talleres universitarios.

La Iglesia ve estos principales valores (no rasgos de modelo) para una sociedad que quiere vivir el Evangelio. Están casi calcados de un hombre que selló con su vida el compromiso universitario por la Fe y la Justicia, Ignacio Ellacuría: “El evangelio presenta un proyecto universal. Parte desde los pobres con espíritu. Se alimenta de esperanza, para que todos tengan vida material y espiritual, como don primero y base de todo lo demás, y la tengan en abundancia. En el orden económico, la utopía cristiana propone una civilización de la pobreza y del trabajo que sustituya a la civilización de la riqueza y del consumismo. Hace de la satisfacción universal de las necesidades básicas y de la

solidaridad compartida los principios de humanización y desarrollo. El motor de la historia es sobre todo la misericordia y el amor, no dejándose atrapar por el egoísmo y el odio, ni pretendiendo dominar y servirse de los demás, sino ponerse a su servicio como el Hijo del hombre que ha venido a servir y a dar su vida por los demás”.

Agradezco su paciencia. Muchas gracias.

SIGLAS:

C. A.: Centesimus Annus

R. H. : Redemptor Hominis

(Encíclicas de Juan Pablo II)